elevela, y al dis signisera despue, que ma elevela, y al dis signisera despue, que ma de concluido con las obligaciones de su muntario, caração el energo de Solectul recta attrio merchito the energo de Solectul recta attrio merchito the energodo el solectul recta attrio merchito the energodo el su campanas tratian inguidas anenho despue de historia de la la servido para el oblicero se ban argenand para il poco. El sucerdado se terimos del convento, murantaredo destro de su berto del la grueda, mas muera nos atradonas. Unos es justo, Dios es bandadosal Nos saperado de la grueda, mas muera nos atradonas de la grueda, mas muera nos atradonas de la grueda ante más hermosa y mas pronta os la trovema mes más hermosa y mas pronta os la trovem

Doe dies después se supo en México que el padre Rafael, sin más equipaje que ma crus anbla partido á prodiese la padatra del livace sello a los puebles bárbares de la frontesa.



¡HASTA EL CIELO!

HASTA EL CIELO!



o to producibled its las meditaciones à que se entregan les que velon.

HASTA EL CIELO!

grandes, que tanto lupoceda la imaginación; una tupota attembra cutoría el payimento y altograba el ruido de las plandas; en una de las tarreles luterales había dos centanas puedas y

¡Cuán triste y lúgubre es siempre el aposento de un enfermo! Parece que se respira allí el ambiente frío y húmedo de una iglesia; parece que el silencio de las tumbas pesa so bre el corazón y comprime sus latidos. Nada importa que el aposento sea lujoso: podría decirse que el dolor es como una nube que empaña el brillo del oro; parece que la enfermedad adquiere, tal vez por el contraste, un aspecto más sombrío juuto á esos muebles y esos adornos, que para su comodidad prodiga en hombre....

Hé aquí lo que sucedía á principios del año de 1847, en una de las más bellas y elegantes casas del barrio de San Cosme, á donde vamos á ser espectadores de uno de esos dramas de familia, terribles, pero que pasan y quedan para siempre desconocidos, porque no tienen más testigos que los mismos actores.

Serían las diez de la noche, y en una de las piezas de dicha casa se hallaban reunidas tres persona;, sumergidas en ese silencio que anuncia la gravedad del enfermo á quien se cuida, ó la profundidad de las meditaciones á que se entregan los que velan.

La pieza era de bastante extensión, pero aunque estaba adornada con esmero, tenía ese aire de solemuidad peculiar de los aposentos grandes, que tanto impone á la imaginación: una tupida alfombra cubría el pavimento y ahogaba el ruido de las pisadas; en una de las paredes laterales había dos ventanas anchas y grandes que daban hacia un primoreso jardín. i!uminado á aquellas horas por los rayos pálidos y apacibles de la luna; empero estas ventanas estaban interiormente cubiertas con dobles cortinas azules y blancas. En el extremo más lejano del aposento, sobre una mesa de mármol, frente á un rico espejo, había un quinqué encendido, que a través de su bomba de cristal deslustrado, recubierta con mascada de gasa verde, decramaba una débil claridad, que aumentaba la melancolía del lugar. No lejos del quinqué, sobre otra mesa pequeña estaba la imagen de la Virgen Dolorosa, esa inseparable compañera de los que pa decen; esa estrella de consuelo a la cual vuelven sus ojos en las horas de angustia...

Por último, en el centro de la pieza y frente á las ventanas, se veía una cama pequeña con las colgaduras recogidas.

Sobre la cama descansaba un hombre, y su respiración áspera y desigual era lo único que interrumpía el silencio. De este hombre sólo se percibía el rostro, y una parte del pecho por entre la abertura de la camisa; todo lo cemás estaba cubierto con la ropa de la cama..... Parecía dormido; pero como si se hallase ago-- biado por un sueño terrible, su pecho se elevaba con violencia, y se señalaban distintamente todas sus costillas. El rostro no participaba de esta agitación, y por el contrario, con su inmovilidad v con la palidez verdosa v desagra dable que lo cubría, se le hubiera tomado por el de un cadáver; sus mejillas estaban hundi. das, y llena de arrugas la frente; alrededor de sus ojos, que á causa de la extenuación del rostro parecían de un tamaño extraordinario. se distinguía un círculo obscuro; su nariz es taba afilada y transparente, y bajo sus labios secos se percibía la punta de los dientes, amarillos y deslustrados por la calentura. Asemejábase aquel rostro al de un anciano achacoso, mas examinándolo con atención, se cónocía que el enfermo era un joven, pero uno de esos jovenes que han destruido su salud, su vida, en los excesos, y que envejecen á los veinticinco años. En efecto, en aquel hombre que apenas contaba veintisiete, todo anunciaba una de esas muertes tempranas y terribles.

que son el fruto del libertinaje, todo en él estaba marchito, á excepción de su mirada, en la que brillaba todavía la vida y la juventud, como si allí se reuniesen todas sus fuerzas antes de extinguirse, como se reune toda la ilama en la punta de la lámpara, y brilla un momento, antes de volar hacia el cielo...; Mirada llena de poder, de expresión, de encanto, como la vida cuando se va á abandonar!...; Mirada en la cual se revelaba toda una alma llena de fuego y energía!....; Lástima y tristeza causaba ver á aquel joven inclinado hacia la tumba, como la planta que no tiene jugo de qué alimentarse, cuando debiera alzar su frente orgullosa!

A ambos lados del enfermo velaban dos personas; un hombre y una mujer.

Esta última estaba arrodillada sobre el suelo junto á la cama, y tenía entre sus manos la izquierda del enfermo, estrechándola contra su corazón como si quisiera comunicarle su propia vida.

Era una muchacha de diez y ocho años, de estatura mediana, delgada de cintura, pero de formas bellas y torneadas; de plel suave y de licada como el pétalo de la rosa; color apiño nado, labios un poco gruesos, pero rojos, himedos, entreabiertos, excitantes.... Sus ojos eran negros como el terciopelo, y su frente ancha, tersa y tranquila como un lago. Su ca bello negro, con visos azulados y relucientes, se asemejaba al plumaje de un cuervo.... Era

una de esas jóvenes por cuyas venas circula tuego; mujeres dotadas de un encanto irresistible; criaturas formadas para el amor; pero para ese amor lleno al mismo tiempo de idealismo, de voluptuosidad y de delicias, que absorbe el alma, que extravía la razón, que hace concebir el deseo de agotar la vida en una hora, instante de felicidad indescriptible!.....

Era una de esas mujeres que necesitan de las impresiones, como la tierra sedienta necesita de la lluvia, como las plantas necesitam del calor del sol.

Y sin embargo, la postura que conservaba aquella mujer, junto á la cama, era tan llena de inocencia, de abandono, de gracia y sencillez, que sin mirarle el rostro, sin sentir el relampago eléctrico de su mirada, con su vestido blanco parecía una niña que jugueteaba junto á la cama de su madre. Su alma era pura como un cielo de primavera.

La otra persona que se hallaba en la estancia, era un joven que permanecía en actitud meditabunda, á la derecha del enfermo. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y los brazos cruzados sobre los muslos; apenas se veía una parte de su frente, blanca como la azucena, y su cabellera fina y rizada, que caía hacia los lados en desorden; todo revelaba en él una hermosura noble y varonil.

En esta posición pasarían media hora; media bora eterna, porque el tiempo es muy lento en su marcha cuando se acompaña con el silencio y el dolor. Al fin el enfermo se movió y clavó su mirada en la joven que tenía al lado —; Pobre Dolores!, le díjo con una voz aspen pero en la que se conocía el sentimiento; pobre Dolores, cuánto te hago padecer!...

Un sollozo interrumpió sus palabras, pero en tretanto su vista no se separaba del rostro de la joven; era una mirada elocuente que decla lo que los labios nunca podrán expresar....

Perdóname, continuó; pero soy tau egoista que no quisiera separarme de tí... Cuando estás lejos, no sé lo que siento; es como si me arrancaran el alma... porque tú eres mi alma... porque tú reanimas con la luz de tus ojos la llama de mi vida que se extingue.... Vas á reirte de mí, añadió con una sonrisa lle na de dolor; pero cuando no te siento á mi la do, tengo miedo como un niño... tengo miedo de la muerte, de la eternidad.... ¡Ay! si fuera á morir en un momento en que estés le jos... no sé lo que sería de mí!.... me parece que mi alma se extraviaría....

-¡Pobre niña!.... ¡yo te compadezco!.... tan joven, tan linda ¿verse unida á mí?....¡á mi, á quien Dios castiga de un modo tan te rrible?... Pero ¡si supieras cuánto te amo!...

Volvió à interrumpirse el enfermo, agobialo por la amargura de aquellos pensamientos, su respiración fué lo único que se ovó:

-Vefe á descansar, dijo al cabo de un ralo con voz más tranquila; ve á dormir, niña d mi alma.... Si te desvelas esta noche también, mañana estarás pálida y tus ojos no brillarán como ahora.... ¡Vamos!, añadió, procurando sonreirse; ya sabes que yo vivo en tus ojos; no quieras acortar mi vida marchitándolos....

-Y tú lo mismo, Manuel, hermano mío, dijo volviéndose del otro lado, hacia el joven persativo; ve á dormir... me siento aliviado, y dormiré también....

-No tengo ganas de dormir, respondió Manuel con voz triste, levantando su rostro y dirigiendo su mirada dulce é inteligente hacia su hermano.

-Hace algún tiempo que te veo triste, Manuel... ¿qué tienes?... ¿por qué no me cuantas tus pesares? ¿No sabes que te amo como á un hijo?.... Pero ¡vaya!... Si es por mí, no te aflijas.... Dios es clemente, y me volverá la salud....

Después de esto, el enfermo atrajo hacia sí, con un ademán de amor inefable, á su esposa y á su hermano; los rodeó con sus brazos y los estrechó sobre su corazón.... las mejillas de los tres se tocaron; el enfermo dejó caer su cabeza sobre la almohada, sonriendo; pero Dolores se separó ruborizada, y Manuel más meditabundo fué á tenderse sobre un sofá.

A pocos momentos salió Dolores de la estaucia, después de haber disminuído la llama del quinqué. ini alma... Si to desvote esta noche, tum been, manarar estaras passita y tus opes no bra larran como abora... (Vannes), anadio, pro currando sonrense; va subres que vo vivo en tus obest no quieras acortar ni vida marcal

Y to be released than of bernance mic. Hip voltarialese del erro tette, bacen et joven persentivo, voltatement, one stente ultriade voltarial deservations.

No tengo gious de dernit respondo Ma unel con vos triste, levintundo su restro y di rigrendo su unhada dulce a inteligente bacco su

Have algin dempe que la ven trislo. Ma nuel..., qué tienes?..., por que no roe en en , as uns posities? ¿No subce que le sino ranco d du bito?... Pero payal... Si es por mi, no tevalidas... Dos es elemento y me volver el le saind.

Despué de esto, el colormo atrafo nacia si con un ademán de amór inetable, a su esposa y a su hermana; hes rodeo con sus brazas y loestrechó sobre su corazón... las medillas de los dres se locaron; el enfermo dejo case su cabeza cobre la almohada, sontiendo; pero ladores se separó ruborizada, y Mannel mámeditabundo fue a tenderce sobre un sota-

A pocos momentos satiá Dolores de la estar cia, después de haben disminardo la llama del quinqué.



concrete rivisions y alma items de energia, con indicates testes que directas con tino, conducen al fem al ben, pero que cuenche se abandoman a si soias y se turcee su inclinación, les suciedo que à les aceites escuebales se arrancian e lo que à les aceites escuebales se arrancian e la patre de Antonio fenis ese horror irecta fro hacia la instrucción que caracterizadas a comprehables españales del siguio pasado: paeria que su primogenta siguicas da caracteria, en la cua el caracteria, con la cua el caracteria de conservira, con la cua el caracteria que caracteria que en la cua el caracteria de conservira que en la cua la cua el caracteria que en la cua el caracteria que e

Para que nuestros lectores puedan apreciar los sucesos de esta historia, nos es preciso volver los ojos hacia atrás; pero seremos breves en esta revista.

former considerable, y house durante east

Antonio era uno de esos jóvenes á quienes pierde una educación demasiado severa; mariposas que permanecen mucho tiempo encerradas, y que cuando salen á la luz, el primer rayo las deslumbra.

Era hijo de un comerciante español, de aquelios que llegaban a México en tiempo del goblerno virreinal, y que traían de su país todas las preocupaciones de la gente baja, sin poseen ringuna de sus virtudes, ni la más ligera instrucción. Harto conocido es el caracter de esta clase de hombres, de los que, como un recuerdo de nuestra esclavitud, quedan aún algunos vástagos, para que sea necesario hacer qua descripción minuciosa.

Antonio recibió del cielo en dote una figura esbelta y graciosa, un talento despejado, imaginación vivísima y alma llena de energía; cualidades todas que, dirigidas con tino, conducen al bien; pero que cuando se abandonan a sí solas v se tuerce su inclinación, les sucede lo que á los aceites esenciales, se arrancian y aumentan el mal.

El padre de Antonio tenía ese horror instintivo hacia la instrucción, que caracterizaba á los comerciantes españoles del siglo pasado; quería que su primogénito siguiese la carrera del comercio, en la cual él había hecho una fortuna considerable, y Antonio durante sus primeros años, no aprendió más que á leer, y á escribir mal, á contar muy bien, á rezar y á bajar los ojos delante de su padre. Tal vez esta educación se hubiera extendido á otros ramos de primera necesidad; pero los sucesos po líticos de aquella época lo impidieron.

El padre Antonio ni por sus creencias, ni por su instrucción podía mirar con simpatías la emancipación de América. Creía firmemente que éste era un crimen por el cual los mexicanos todos iban a recibir del cielo un castigo terrible, v atribuía tantos desórdenes a la f deseando preservar a su familia del contagio. terrible, que comprime tanto el corazón.

Entonces se despertaron sucesivamente en su mala educación que recibían los jóvenes. 4 esa instrucción, á esa libertad tan fuera de propósito que se les daba. Exaltado por esas reflexiones que creía justas, conmovido por los sucesos contemporáneos y deseando preservar á su familia del contagio, el comerciante se aisló entre las paredes de su casa, abandonó los negocios y adoptó para An. tenio un método de educación enteramente conforme con sus mezquinas ideas y rancias preocupaciones, med os olanda A coma leb soilei Antonio no fué nunca a la escuela; no tuvo amigos, no trató con nadie, á excepción de su padre, quien para hacerlo humilde, según de cía, aparentaba para con él una rudeza y severidad extraordinarias. Así, pues, para, Antonio no hubo esa edad florida en que los niños gozan de su libertad, rien, juegan, char lan Desde muy chico, por el contrario, fue silencioso, tímido, hipócrita. Pasaba el día entero levendo el "Electo y Desiderio," o haciendo cuentas; las únicas personas con quienes á veces hablaba eran las criadas, que le contaban cuentos espantosos de brujas y muertos; estaba acostumbrado á no dirigirle nunca la palabra á las personas "de respeto;" sus paseos se reducían á ir todos los domingos á la iglesia, y para él no había más mundo que su casa....ii omoo năratigioero es neliatee our

En esta ignorancia profunda, en este aislamiento terrible, pasaron sus primeros años; esa época en que el hombre se forma, en que recibe las primeras impresiones que se graban de un modo indeleble en su alma, que la modelan, por decirlo así.

Antonio había llegado á los quince años, era un joven esbelto y bien formado por su figu a pero respecto á su carácter, á sus ideas é inclinaciones, no era más que un niño. A esa edad, cuando la imaginación se despierta ya en los hombres, cuando el horizonte de la vida empieza á colorearse con los primeros destellos del amor, Antonio se ocupaba todavía en arrullar á su hermanito Manuel, que contaba seis años, en reñir con él por los juguetes, y cuando estaba más serio, en cantar una misa.

Nadie visitaba su casa; las vidrieras de la sala permanecían semanas enteras y aun meses sin abrirse, y he aquí que Antonio no conocía de la hermosa mitad del género humano más que las viejas que servían en su casa.

Imposible le era al comerciante conocer los jeligros à que exponía à su hijo con aquella clase de educación: nacido en un país frío y montañoso, acostumbrado al trabajo desde nino, su alma apática no podía comprender esos caracteres de fuego, esas imaginaciones exaltadas que podrán ser comprimidas hasta elerto punto, mas nunca ahogadas, y que el día que estallen se precipitarán como la lava, escondida bajo el hielo de los volcanes, que todo lo abrasa, todo lo destruye à su paso!

No obstante esta severidad, a los diez y seis años hubo en la vida de Antonio un suceso notable, del cual conservo eterno recuerdo.

Una anciana achacosa y habladora, pero de

un cerazón excelente, parienta lejana de su padre, fué a vivir en su casa por un mes, a causa de la muerte de su hija. Esta anciana llevó consigo a su nietecita, niña a la sazón de seis años, viva, graciosa, juguetona, que reía y hablaba de su mama, como hacen los niños, sin saber que al perderla había perdido el mayo: tesoro!

Antonio cobró un cariño extraordinario a aquella niña, porque era lo primero que sus ofos vefan de un mundo que no conocía y que apenas sospechaba en sus primeros pensamientos de joven, que fecundados por la edad, pagnaban ya por romper la corteza de ignorancia que los sujetaba, como sucede con algunas semillas a las que el tiempo hace germinar sin necesidad de la tierra.

Además, ¿cómo era posible mirar aquella nifia morenita, cuya boca parecía un botón de rosa, apenas abierto por el beso del aura matinal, y no amarla?....

Antonio la amó tanto como amaba á su hermanito, y el día en que Dolores, que este era su nombre, se separó de su casa, fué uno de los más tristes de su vida.

Este acontecimiento tan sencillo tuvo para él una influencia muy grande. Desde entonces Antonio se puso pensativo; presintió que algo le faltaba; olvidó sus juguetes; se miraba en los espejos... ¿pero qué hacer? La cubierta que lo envolvía era de hierro, y el aire apenas llegaba á sus pulmones...

El recuerdo de Dolores no se apartó un momento de su imaginación; aquella criatura tu, vo para él el encanto del primer pensamiento de amor; la amó como se ama la moutaña que nos indica de lejos las costas de nuestra patria... fué como el rocío que reanima á la planta próxima á morir. Il talvante la como partira.

Antonio sintió que poco á poco se despertata en su corazón un vago deseo de amor, que
por grados tomaba color y euerpo como dos
primeros rayos de la aurora. El respeto, el terror que tenía á su padre, le impidieron siempre amario; pero su corazón, que necesitaba un
objeto, que lo buscaba, como busca el ciego la
iuz, consagró todos sus sentimientos al único
ser que tenía á su alcance. Antonio, pues, amó
desde entonces, á Manuel como una madre ama
á su primer hijo, como una doncella al primero que pronuncia á sus oídos las palabras
culcísimas del amor!

Mientras estos cambios se efectuaban lentamente, transcurrieron algunos años, basta que la muerte, esa infatigable segadora, cambió en un momento el aspecto de las cosas.

Antonio estaba próximo á cumplir veinte años, cuando su padre enfermó de muerte....

Desde que las primeras revoluciones ensangrentaron nuestro suelo, y más especialmente desde la expulsión de los españoles, de la cual casi por milagro escapó el padre de Antonio, se había vuelto avaro; ocultó sus riquezas y se fingió pobre, de manera que su lecho de

muerte estuvo solitario y nadie vino con el interés de ser nombrado albacea ó tutor de sus hijos, obis traiduil silet any comolas anti-

Antonio sintió á su padre, tanto más, cuanta, que de repente se encontraba sin un apoyo al cual estaba acostumbrado; mas la fuente de sus lágrimas se agotó; borrose su dolor, porque todo pasa en el mundo, y el joven sonrió al verse dueño de sus acciones y poseedor de una riqueza que á sus ojos inexpertos pareció un tesoro fabuloso é inagotable.

Sin embargo, los primeros días de esta dibertad fueron más bien amargos y dolorosos para Antonio, que dulces y agradables. Se encontraba enteramente aislado en el mundo; no sabía ni saludar; se ruborizaba ante cualquiera mujer; tropezaba con todos los muebles; estaba encogido, fuera de su elemento.

Mas esto duró le que tarda un águila en abrir sus alas para lanzarse hacia el espacio. Antonio no había sido hecho para la obscuridad; además, como era rico, y gastaba á manos llenas un dinero que no le había costado trabajo adquirir, bien pronto tuvo más amigos y directores que los que hubiera sido de defa su buen exito en la sociedad.

Empero, Antonio en medio de los triunfos y placeres que comenzaban a fascinarlo, no se olvido de su hermano Manuel; tan cierto así es que los primeros sentimientos no se borrar jamás. Rodeólo de maestros, fué para él un padre amoroso y complaciente, y experimento

un vivo placer cuando vió que Manuel correspendía á sus esperanzas.

¡Pobre Antonio! ¡qué feliz hubiera sido à poderse detener al borde del precipicio à donde se inclinaba! Mas no fué suya la culpa, sino de la educación que le dieron; el caballo que ha estado mucho tiempo sujeto, cuando llega di romper sus lazos se desboca.

Las primeras emociones que Antonio experimento en medio de ese mundo, cuya belleza nunca se había podido imaginar, fueron demasiado vehementes; lo embriagaron por decirlo así. La música lo hacía llorar unas veces, delirar otras; las mujeres lo arrobaban con sus encantos; cualquiera conversación lo entusiasmaba; creía sinceras todas las promesas; verdaderas y fieles todas las palabras de amor; ipobre joven candoroso! Creía á todos los hombres leales como él; á todas las mujeres ángeles, como el tipo que se había formado en su cerebro.... y por las noches, cuando volvía á su casa, el sueño huía de sus párpados ante dos recuerdos dulcísimos que se agolpaban á su mente; lloraba de felicidad y levantaba los ojos hacia el cielo por haberlo hecho tan venturoso.

Entonces se despertaron sucesivamente en su pecho todos los deseos, todas las pasiones que la ignorancia había tenido adormecidas. Su imaginación adquirió vuelo, y su voluntad no conoció obstáculos, ayudada del oro que de rramaba.

Salió el joven de un extremo, y fué à caer en el otro.

Al principio, sus amigos lo arrastraron; luego, él mismo necesitó del ruido; de las sensaciones que lo hacían vivir.

Como joven que despettaba à la vida, sediento, apuró la copa del placer hasta las heces. Sin una mediana lastrucción que le sirviera de freno, sin ninguna experiencia, no supo detenerse en los límites prescritos por la razón

Amó á las mujeres de quienes se veía rodea do; pero su amor fué tan efímero como las gracias que lo provocaron. La luz purísima y cterna de las estrellas no se percibe nunca á través del rojizo resplandor de las bujías.

La sangre hervía en sus venas; su corazón se exaltaba fácilmente, y los atractivos lúbricos de las bellezas que lo circundaban lo precipitaron. Probó la manzana, y fué tan inten so el placer que experimentó, que abusó de él....

¿Era suya la culpa?

En cinco años Antonio había recorcido un espacio inmenso: enteramente entregado al bullicio, no tuvo ni un momento para reflexionar; sin cesar excitado por las pasiones y los festines, no resintió su debilidad; entregado á los bailes, á las diversiones nocturnas, nunca pudo mirar en un espejo, á la iuz clara dei día, los estragos que los excesos habían hecho en su rostro....

En aquellos cinco años. Antonio había consureido su vida; semejante á una lámpara á la cual se hubiera echado todo el acelte, había

orrikado un instante, pero no tenía ya con que alimentarse más. Era una flor marchita con el contacto de unos labios ardientes.

Hay sucesos que parecen providenciales. Una noche brillaba la luna con todo su esplendor; antonio encontró en las "Cadenas" a una lindusima muchacha, morena; voluptuosa en todos sus movimientos, acompañada de una anciana.

Desde que Antonio la percibió, sintió que su corazón latía con violencia; pero, hombre gastado por los excesos, sin creencias, juzgó que aquella joven sería una de tantas desgraciadas que venden su cuerpo y marchitan su corazón, para comprar un pan!... Se adelanto para mirar su rostro; mas tan grande como había sido sú alucinamiento al percibir por detrás su paso incitante, sus formas flenas de suavidad, que prometían mil placeres, tanta así fué su admiración al contemplar la frente de la niña, llena de inocencia, su mirada pura y cándorosa como la de la tórtola.

Antonio permaneció por algunos momentos pensativo: aquel rostro despertaba en su memoria un recuerdo vago y lejano, como un celaje perdido en el espacio.—Por primera vez después de la muerte de su padre, Antonio volvió su vista hacia atrás y experimentó esa especie de tristeza y consuelo que causan siempre los recuerdos de nuestra infancia.

A traves de la atmosfera de que se hallaba rodeado, percibió á lo lejos el rostro encanta uor de aquella niña Dolores, de la cual no habia vuelto la acordarse en medio de las fiestas.

Yo no sabré explicar cómo sucedió; pero lo c'erto es que nuestro joven en aquel momento conoció que todos los placeres que tan encantado le tenían, no habían hecho otra cosa que surcar su frente y derramar hiel y hastío en su corazón.

Siguió de lejos á Dolores y á su abuela, y cuando las vió entrar en una pobre casa de la calle de "Necatitlán," se volvió á la suya.

Aquella noche no salió, y á la mañana, siguiente hizo saber á todos sus amigos admirados, que iban á preguntar si se hallaba enfermo, que se ausentaba de México por algún tiempo.

A las diez del día, Antonio se miró á un espejo y retrocedió espantado; no era ya ni la sombra de lo que había sido; su juventud estaba perdida; los cabellos caían de su cabeza como las hojas secas de los árboles...

En seguida se vistió sencillamente, y lleno de emoción, como un joven escolar, se dirigió hacia la pobre habitación de Necatitlán. Desenba saber si Dolores se había conservado pura é inocente, ó si también á ella la había arrástra do la fuerza de la juventud....

Entonces conoció que amaba á aquella uiña, pero con un amor muy distinto de los que hasta entonces había experimentado; con un amor que absorbía todas sus facultades, que lo

with the total and the second and the continue of the second and the second a

hacía desconfiar como un niño, que lo hacía celoso como una doncella...

Pareciale que entre los años tranquilos de su niñez y el momento presente, había pasado una de esas noches de orgía que marchitan el rostre y turban el espíritu..., mas el aura de la mañana refrescaba sus sentidos é infundía nueva vida á su corazón.

Volveremos á decirlo: "tan cierto así es que las primeras impresiones no se borran jamás," y que cuando parecen adormecidas, es porque germinan y se transforman en el silencio, como el botón que se convierte en flor, como el gusano que se torna en mariposa.

Antonio subió á la casa de Dolores; era una pieza pobre, pero aseada. Se dió á conocer, y como aquellas mujeres no tenían idea de la desconfianza ni del vicio, le recibieron cou agrado y cariño, como á un miembro de la familia

Antonio frecuentó sus visitas, y cada vez se arrepentía más de haberse dejado arrastrar por el ventigo del mundo.

Dió gracias al cielo por que Dolores se había conservado pura, como la gota de rocío que duerme en el seno de la flor, y se convenció de que el alma de aquella niña era una de esas emanaciones purísimas del espíritu del Seño". depositadas en un cuerpo hecho por el enemigo de toda castidad, sin duda para vencer su arrogancia. [Criaturas que, si no estuvieran dotadas de tanta virtud, arrastrarían consigo al abismo el alma de mil hombres!

Un año se pasó de esta manera; Antonio se había transformado completamente, si bien no siempre podía dominar sus pasiones acostunibradas à desbordarse. Dolores había llegado à amarlo con todo el cariño de un hermano.

Entônces se enfermô la anciana, y Antonio le pidió la mano de su nieta.

Ocho días más tarde, se verificó el casamiento, y la abuela, después de una vida obscura y llena de virtudes, entregó su alma al Señor, eterno remunerador de los justos.

Hasta aquí la fortuna había sonreido á Antonio, como suele lucir á veces por entre dos nubes tempestuosas un rayo de luna.

Pero no era dueño de detenerse en la pendiente por donde una vez se había pre ipitado. Su misma salud resintió la falta de aquella excitación que sostenía sus fuerzas en los días anteriores; á poco de haberse casado comenzó á enfermarse; las fuerzas le iban faltando por grados, mas no perdía la esperanza de restablecerse.

En este estado, cuando se paseaba por el jardín de su casa, apoyado en el brazo de Dolotes, parecía el emblema de la debilidad sostepida por la religión.

La enfermedad hizo no obstante rápidos progresos, y á los seis meses de casado Antonio, se encontró clavado en su cama, imposibilitado hasta de los menores movimientos, presa de uno de esos males terribles y asquerosos, provenidos del libertinaje; en un estado en que lejos de causar amor y compasión, sólo pro-

Durante los primeros días de esta enfermefiad, Antonio padeció lo que no puede degirse. Su humor se agrió, volvióse áspero, irascible, perdió la esperanza, y su vida se convirtió en un tormento horroroso. Sin embargo, las promesas de la religión y las queces palabras de Polores, que con una abnegación digna de todo elogio se consagró á cuidar á su marido, si no fueron suficientes á encadenar el torrent; de sus pasiones, acostumbradas á no tener dique, á lo menos pudieron prestarle algún tanto de paciencia y dulzura...

Mas no era este el verdadero martirio de Antonie, sino el amor y los celos. Amaba á Dolores con pasión, con delirio, y lo único que sentía en sus males, era llegar á convertirse para aquella mujer en un objeto repugnante: esta duda lo atormentaba sin cesar, no lo dejaba ni en sueños... Como todos los libertinos que se casan, era celoso; pero su amor, su posición y sus vehementes pasiones habían hecho que este defecto adquiriera un vuelo enorme en su corazón. Antonio tenía celos de todo el mundo; del médico que lo asistía, de los amigos que lo visitaban, del mismo viento que movía las flores del jardín y acariciaba los rizos de su mujer.... No quería nunca separarse ni un instante de Dolores, y los más punzantes pensamientos desgarraban su alma cuando estaba lejos de ella....

Al cabo de algún tiempo más, el mal de An-

tonio hizo tales progresos, que los médicos de clararon que todos los recursos de la ciencia humana eran casi insuficientes para salvarlo de la muerte.

Entonces toda su casa tomó ese aspecto lúgubre y silencioso que ya hemos hecho notar. Manuel salió del colegio en que hacía sus estudios para abogado, y vino á pasar con su hermano, al cual amaba como á un padre, esos últimos días de tristeza, que son como el crepúsculo que separa la vida de la muerte....

Parece que á medida que se acercaba la última hora de Antonio, se concentraban sus afectos; nunca como entonces amó tanto á Dolores; nunca tuvo tanto cariño á su hermano; nunca tampoco fué tan dulce y tan religioso como en aquellos momentos... es que la vida huía delante-de sus ojos, como esas nubecillas que el viento se lleva, y su alma presentía ya la proximidad de otro mundo.....

